

Cáceres 15 de Octubre de 1904.

AURORA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: Una peseta al año en Cáceres; fuera de la capital, 1,50; número suelto, 0,10 ptas. La correspondencia se remitirá al Administrador D. Arturo Murcia y Castro: calle de Margallo, n.º 8.



DE LA JUVENTUD

SE PUBLICA EL DÍA 15 DE CADA MES

Año I.

Director: D. Eduardo S. Garrido.

Número 2.

JUVENTUD

No sé donde leí hace tiempo que un pueblo sin juventud es un año sin primavera. Y á la verdad, lector discreto, que no estaba descaaminado el hombre que así pensaba, según creo; y quizás asientas más y mejor á tal idea si consideras que la naturaleza está sometida á un orden grande y maravilloso que guarda maravillosas y grandes analogías con el desarrollo y desenvolvimiento de los seres; de donde, si la estación que llamamos primavera es físicamente necesaria para la vida, para la vegetación y frondosidad de la tierra, acaso la juventud, en su orden, sea socialmente necesaria en la vida de los pueblos; y piensa, que prescindiendo por ahora de ella en cuanto significa grado *necesario* de desarrollo en el ser; me refiero, pues, tan sólo, á sus *oficios* sociales.

Cada uno de vosotros, amadísimos lectores, recordaréis hechos históricos, sucedidos, que en mil ocasiones y con diversos motivos habréis podido contemplar en vivísimas imágenes y en los movibles espacios de la agitada fantasía; y habréis visto en ellos, recordando, levantarse ejércitos formidables que derrocaban para siempre á los dioses y estandartes de las naciones vencidas, y humillarse decrepitos y corrompidos ancianos, generales de abatidas armas, ante lanzas jóvenes y guerreras, y á los jefes de tribus bárbaras, en cabañas de madera ó en tiendas de pieles de animales, rodeados de hombres salvajes, recibir desdeñosa é insolentemente á embajadores cubiertos de púrpura y contar el oro que les enviaban los señores de Roma ó de Constantinopla, y todo por la pujanza de los unos y la debilidad de los otros, y conquistar á la humnidad sus derechos por sublevaciones de hombres viriles en cuya sangre hervía el amor á todo lo que es justo y á todo lo que es honesto, y á las ciencias abrir sus senos anchísimos y romper sus mil secretos al golpe mágico de inteligencias acostumbradas al discurso y de entendi-

mientos altos que como focos de gran luz están en los anchos caminos de la humanidad.

Todo ello es obra de una juventud nutrida con *sangre primaveral*.

Mil familias esperan de los robustos hijos que ellas hay tiempos de bienestar y felicidad imperturbables; porque si el anciano rige y gobierna con la perfección que dá la experiencia, necesita brazos fuertes que ejecuten lo que sus años no consienten.

La juventud esgrime la férrea espada y defiende con vigor el suelo patrio; esa tierra que amamos no sé por qué providenciales secretos y altísimos misterios: quizá porque en ella duermen el sueño de la muerte los padres que nos engendraron ó las madres que en sus entrañas nos llevaban; ó tal vez porque en aquel suelo bendito se derramó nuestra lágrima primera, ó porque en él respiramos el primer aliento que perfumó la santa casa de nuestros mayores con los suaves perfumes de la inocencia.

Primavera y primavera santa es la juventud... Los pueblos la necesitan para reivindicar sus derechos, conservar siempre vivo su poder y convertir un cielo de metal en un cielo de esperanzas. Pero necesita de robusta y sana juventud, de acerada voluntad y pensamientos nobles, de vidas física y moral grandes para que pueda llenar sus altos fines, de una juventud que tenga, en fin,

pureza para sentir,

grandeza para pensar,

vivo fuego en el querer,

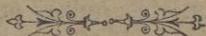
como decía nuestro laureado poeta Gabriel y Galán.

Y cierto, lo que más interesa realizar en lo que á la juventud se refiere, es la educación perfecta, acabada y sólida del corazón que tanto influye sobre la cabeza. Es aquél un mar de superficie extensa, en cuyo fondo riñen perpétuamente brutal y terrible batalla las pasiones más encendidas y los deseos más torpes y materialistas; es algo así como un cristal de aguas muy variables á través del cual la inteligencia juzga de los objetos.

Y el lenguaje vulgar, ese medio de comprobar experimentalmente los conocimientos filosóficos, dá testimonio de nuestras afirmaciones: oigamos á un hombre cuando á otro dice: juzgas así porque miras las cosas con pasión. ¿Qué significa observación semejante? Significa que afectado el segundo por el objeto sobre el cual los dos discurren, su corazón siente el influjo de algo que repercute en su mente sin dejar al pensamiento absolutamente libre para la formación de sus juicios. Esta y no otra es, amadísimos lectores, la razón profunda que á nuestro juicio existe para que á la juventud en sus primeros años se la eduque el corazón purificándole, y obrando al mismo tiempo de manera que nunca sobre aquél deje caer el vicio sus nauseabundas y asquerosas manchas. Entre las cuartillas no destinadas á la publicación, de un docto y buen amigo nuestro, leímos esta verdad profunda:

En este mundo, hijo mío,
no hallarás cosa peor
que una inteligencia hermosa
unida á un mal corazón,

GELIO.



EN UN VIAJE

Puf!..... ¡Cuánta monja se ve por todas partes!..... Esto es un carnaval, una irrupción mística de holgazanes y de ociosas..... (Ap.)—Así decía D. Gumersindo Mendigaluce, asomándose á la ventanilla de un departamento *Sleepin Gar*, en una de las estaciones de la línea del Norte. No estoy por esto, continuaba, y el Gobierno español debiera poner mano fuerte para corregir tamaños abusos.

—¿Cuáles?... y usted dispense la pregunta, interrumpió con irónico abandono D.^a Ignacia Delgado y Solares que con dos rubios chiquitines como dos oros, una doncella y varios *admirículos*, llenaba una fila completa y casi otra media del *wagón*.

—Todas estas carretadas de monjas, señora, contestó haciéndose de seda D. Gumersindo..... Mire usted qué regimiento, y luego qué tocados, qué cursilerías de trajes.

—¡A ver!..... dijo D.^a Ignacia, asomando el busto por la consabida ventana.

—¡A ver, á ver!... gritaron á una los dos chiquitines y no sé si hasta la doncella.

—Miradlas, hijos míos, les habló D.^a Ignacia. Son monjas de la caridad. ¡Pobrecitas!.....

Y mientras los pequeñuelos encaramados en la ventanilla miraban, comentando á su modo inocente, á las Hermanas de la Caridad, doña

Ignacia, sentándose frente por frente de don Gumersindo le interrogaba diciéndole.

—Conque ¿le parecen á usted un abuso y una especie de mamarracho de carnaval esas monjas que acaban de bajar en la estación?.....

—Mire, usted, señora, habló D. Gumersindo encendiendo con mucha prosopopeya un magnífico habano: los tiempos han cambiado y lo que antaño pudo ser tolerable y hasta digno de encomio y loa, ogaño, merced á las circunstancias.....

—¿Qué circunstancias?, interrumpió D.^a Ignacia poniendo sobre su regazo á uno de los niños llamado Paquito que acababa de retirarse de la ventanilla.

—Las circunstancias de lugar y tiempo, señora, acertó á decir D. Gumersindo echando una bocanada de humo..... Créame usted, continuó; hoy han pasado los tiempos inquisitoriales, reaccionarios y clericales.

—Y ¿nada más?..... le dijo la señora Delgado y Solares. Porque podía usted haber seguido la letanía añadiendo á lo de la inquisición y la reacción y el clericalismo, lo del vaticianismo, oscurantismo, ultramontanismo y retrogradación con que á diario nos vienen ustedes moliendo los oídos.

—¿Quiénes, señora?.....

Los que piensan como usted creyendo abuso y mamarrachería lo que es abnegación heroica y celestial virtud que en cristiano llamamos caridad y ustedes la apodan filantropía.

—¿Quiénes, Señora?.....

—Los que hablan como usted insultando á los ángeles que Dios envía á los pueblos para remedio de infinitas desgracias y paño de incontables lágrimas.....

A todo esto, el tren-expreso arrancaba bufando como un monstruo de la estación. Las Religiosas se habían quedado en ella, y Luisito, el otro de los chiquitines que continuaba asomado á la ventanilla del coche, perneando por dentro y echado el busto afuera, gritaba sin consuelo: ¡Ay mamá!... que se quedan y yo no quiero que se queden ¡Que vengan, mamá!.....

Y estuvo en un tris que el pequeñuelo no se fuese por la ventana según eran grandes sus anhelos y su afán de no perder de vista el andén de la estación.

Acudió presurosa D.^a Ignacia y tomando en brazos á Luisito, le metió consigo sentándole en sus rodillas mientras enjuba con su blanquísimo pañuelo unas como perlas enormes que corrían por las mejillas sonrosadas del niño.

—¡Mamá, se quedan!... repetía sin consuelo la criatura; y yo no quiero que se queden, mamá!.....

Y como el llanto es contagioso en los niños,

al poquísimo tiempo, hacía también pucheritos la cara de Paquillo y eran sus inocentes ojos manantiales de perlas tan grandes como las de su hermano..... D.^a Ignacia trataba de consolarles vanamente.

—¿Qué tienen los niños?... preguntó un si es no es conmovido el fanfarrón de D. Gumersindo.

—Nada, señor; contestó la mamá sin dejar de acariciar á sus pimpollos. Los niños acaban por aburrirse en los viajes y el llanto es su desahogo. Después del lloro, vendrá su dulce amigo, el sueño.....

El tren seguía resoplando y dejando atrás á su paso rápido panoramas de mil cataduras, paisajes de todas trazas, cuya vista parecía la de una sesión de cinematógrafo, tomada desde algún valle de la Montaña ó desde las orillas de algún lago suizo. Los niños seguían llorando, y con entrecorta dos suspiros decían á su mamá, casi al unísono y como inspirados ambos por algún angelito: ¡Mamá, ya las dejamos!... Y papá que... nos dijo... que no las dejásemos nunca y que... las quisiéramos mucho... ¡Tanto como hicieron por él, mamá!!!...

Estas últimas palabras turbaron el grave semblante de D.^a Ignacia: enaguáronse sus hermosos ojos sin que rompiese á llorar, y queriendo disimular su impresión, estampó dos sonoros besos en la frente de sus hijos diciéndoles con efusivo cariño maternal: ¡Ahora á hacer ro rol!... (1).

Advirtió Don Gumersindo la turbación en el semblante de la virtuosa matrona y no sabiendo qué pensar ni qué decir en presencia de aquel espectáculo, se atrevió á preguntar:

—¿Se pone usted mala, señora?...

É incorporándose de su asiento-butaca, quiso acariciar á Luisito que era el que aún más fuertemente suspiraba.

Aterróse el niño al sentir sobre los rizos de su rubia cabellera la mano de D. Gumersindo, y abalanzándose hacia su madre, la cogía con vehemencia del cuello tratando de esconderse y gritando desesperado: ¡Mamá, mamá!..... ¡Uy el coco que me come, mamá!...

—¿Por qué dices eso, hijo mío?... le preguntaba D.^a Ignacia tratando de separar al niño de su cuello... ¿No ves que no es el coco, bobin?... ¡Si es un señor muy bueno, querido!

—¡Ay, no, mamá!... gemía el niño apretándose más y más. ¡Es muy malo!..... ¡No quiere á las hijas de la Virgen!.....

—¡No las quiere, no mamá!... confirmaba el otro niño, Paquito. ¡Ya le has oído lo que decía antes de las que cuidaron á papá!...

Turulato y confuso D. Gumersindo hubo de

(1) A dormir.

renunciar á las caricias con que brindaba á los niños y sentóse de nuevo en su butaca mientras los dos hermanitos le miraban de reojo y con miedo.

—Mire usted señor, le dijo algo más serena ya D.^a Ignacia. Estos niños, como usted ve, se han educado en la santa Religión cristiana. Tuvieron un padre buenísimo á quien Dios se le llevó el año pasado. Yo quedé sola con ellos. La enfermedad de mi esposo fué larga, muy larga. Yo no pude soportar sola la crisis de la dolencia y necesité de ángeles... sí, señor, de ángeles que me lo atendiesen y aliviasen de paso mi amarga tribulación..... Y acudí á las *Siervas de María*. Yo vivía entonces en la aldea, en una finca de mi santo esposo que esté en gloria. Y á la aldea vinieron desde la próxima ciudad dos de esas benditas *Siervas* que estuvieron en la casa, ¡cuarenta días!, hasta que murió mi esposo y quedé yo un tanto consolada ó al menos resignada con mi cruz... Lo que esas monjas hicieron en mi casa, créalo usted, sólo dos ángeles lo pueden imitar..... Los niños fueron testigos conmigo de lo que allí pasó. Ellos las vieron convertidas en médicos, en sacerdotes, en madres del enfermo. Las vieron acudir solícitas á todas las vicisitudes y peripecias de la enfermedad de su padre; oyeron de labios de éste, no una sino muchas veces, consejos de agradecimiento y cariño hacia las *Siervas de María*..... Y como entre las Religiosas que han bajado en la estación de X.... han divisado los inocentes á alguna de esas *Siervas*, las han conocido, se han acordado de la enfermedad y muerte de su padre. y.....

—Naturalmente, ha renacido su amor a ellas maldiciendo á la par de mí, por deslenguado y blasfemo, concluyó D. Gumersindo..... ¡Señora, la lección que me han dado estos niños jamás se borrará de mi alma!.....

Y el tren seguía lanzando resoplidos y humaredas deslizándose blandamente por los carriles de la vía. Los niños (ya lo sospechaba su mamá) acababan de dormirse reclinando sus preciosas cabecitas en el halda de su madre.

M. S. O.



MAS EDUCACIÓN QUE ILUSTRACIÓN

La educación se dirige al corazón, la ilustración á la mente; la primera nos hace buenos, la segunda nos hace sabios.

En efecto: la educación no consiste en la compostura y elegancia de la persona, en la flexión más ó menos suave de la voz, en el comedimiento y propiedad de las palabras; estos

son adornos y no la esencia de la educación.

La educación consiste en la represión de nuestras malas inclinaciones y en el desarrollo racional y justo de nuestras potencias.

Examinando el significado de la palabra educación, se descubren en la misma dos elementos: uno negativo y otro positivo; el negativo consiste en la contrariedad de una buena educación opuesta á las tendencias naturalmente egoistas y malsanas del humano corazón; y el positivo en facilitar á ese mismo corazón todos los medios posibles para sentir y obrar con la mayor rectitud individual y socialmente, abriéndose así paso para más tarde ó más temprano llegar á las gloriosas cimas de una bienaventuranza eterna.

Así que teniendo esto presente se concibe con facilidad que la educación no es otra cosa que la *elevación del sentido moral* convertida en un hábito ó costumbre del cual nos es casi imposible despojarnos; no una especie de traje más ó menos de oportunidad ó de ocasión, el cual fácilmente pudiéramos sustituir con otro según los circunstancias.

Además de esto, la educación es mucho más importante y necesaria, según dejamos dicho y vamos á probarlo.

Importa más al individuo ser bueno que sabio y á la sociedad el tener ciudadanos virtuosos más que ciudadanos ilustrados.

Por desconocer esta verdad, la pedagogía moderna no es otra cosa por desgracia que un conjunto de equivocaciones y de errores cuyas lamentables consecuencias en el orden real de los sucesos ó los hechos, deploran cuando hablan con sinceridad y en el senó de la confianza, hasta los adversarios de las doctrinas que tan sumariamente venimos exponiendo.

Si estas llegasen á predominar, veríase como el hombre no sería lo que en la actualidad vemos que es: un conjunto antitético y en perenne lucha establecida entre su inteligencia y sus sentimientos, cada vez que éstos, rectamente ejercitándose, se colocan en oposición con las inspiraciones y con las ideas provenientes del error y la mentira que el alma humana, hablando en general, bebe como agua en estos tiempos de luces mentirosas, por los cuales, para desgracia nuestra, atravesamos.

Una particularidad notabilísima tiene de por sí la educación y es la de evidenciarse por sí misma en todo lugar y circunstancia.

Y en comprobación de esto hacemos notar, que al ver por primera vez á un hombre nadie puede decir de él con seguridad que es rico ni que es pobre; nadie puede afirmar que es sabio ni ignorante; pero haga dicho hombre lo que quiera, siempre llevará impreso y manifiesto el signo auténtico de la educación que ha reci-

bido y que se revela en toda su persona. Al verle decimos al momento: he ahí un hombre bien ó mal educado.

De todo lo dicho se deduce el grandísimo motivo con que Montaigne, hablando de la ilustración, decía de esta manera: "la ventaja de nuestro estudio está en que con él nos hagamos mejores y más sabios." Y Bossuet decía: "Toda ciencia que no se convierte en amor, es falsa." Y De Santis también decía: "El oficio de la literatura no se aprende bien por muchos. Ella no debe sólo enseñar á escribir elegantemente, sino también á educar el corazón. Si el ladrón roba no es porque ignora que es ilícito el robar, sino porque tiene el corazón relajado. ¿Para qué sirven los preceptos morales, abstractos, cuando nuestro corazón es árido? Hay que empezar por educar el corazón."

Como dejamos indicado, las mejores y más laudables aptitudes del hombre y de la sociedad en donde vive son desarrolladas por la educación y no por la ilustración mayor ó menor con la cual haya desenvuelto las facultades intelectuales de su espíritu; lo que quiere decir, que para los fines sociales y morales del individuo, no precisa este ser un grau Matemático, ni un gran Físico, ni un Filósofo preclaro, pues con todo ello si tal individuo en cuestión no es respetuoso, ni agradecido, ni amante, ni considerado con cuantas personas debe serlo ya no será un ser sociable, sino una criatura que además de labrar su propia desventura, en todo lugar y circunstancias será un ente despreciable ó execrable bajo todos sentidos y conceptos.

Y esto que decimos con relación al individuo puede decirse fundamentalmente de las sociedades, respecto de las cuales háse también dicho, "que la ilustración de un pueblo, es el termómetro de su grandeza," contra lo que nosotros entendemos, esto es: que la grandeza de un pueblo depende de su mayor ó menor educación y no de su mayor ó menor cultura.

Un ejemplo: Cuando empezó la decadencia del Imperio Romano, la cultura intelectual no había perdido nada de su grandeza, pues había filósofos como Séneca, Tácito, Suetonio, etcétera; el gusto estético se encontraba en sus más gloriosos esplendores; la perfección y el refinamiento de todas las Artes y lo mismo de todas las Ciencias, llegaron á ser cosas gigantes y asombrosas. ¿Pero qué faltó empero todo esto? El sentido moral. Roma—dice un escritor moderno—era un cadáver envuelto en un manto de púrpura.

Un pueblo, en fin, sin educación, se parece á la estatua de Nabucodonosor; una piedrecilla basta para derribarla.

Búsqese la regeneración de nuestra patria en la elevación del sentido moral.

ALFA

SECCIÓN INSTRUCTIVA

REFUTACIÓN DE UNA CALUMNIA

I

El grande hombre cuya recordación nos proponemos vindicar mediante las líneas que subsiguen, no está ya vivo entre nosotros.

Objeto y blanco de las revolucionarias iras de su siglo, también el nuestro le sigue haciendo blanco y objeto, el más constante, distinguido y preferente de las suyas.

Dejaríamos nosotros reposar á nuestra pluma respecto de este asunto, si acerca del mismo, ya con patente mala fé ó ya con crasísima ignorancia, la pluma de otros hombres no escribiera cosa alguna.

Pero puesto que ellos no dejan de escribir, nosotros también escribirémos: pero con esta notable diferencia: ellos faltando á la verdad y nosotros saliendo en defensa de la misma: ellos para ennegrecer y hacer aborrecible la memoria del más paciente, amoroso y desventurado de los padres: y nosotros para que en todo corazón sensible á las ajenas desdichas y amarguras despiértese respetuosa y compasiva en favor de padre tan infortunado la más afectuosa de las simpatías junto con el más respetuoso y leal de todos los afectos.

Aquéllos de entre nuestros adversarios, singularmente bajo el punto de vista religioso, á quienes les haya cabido la suerte fatalísima y aciaga de tener siquiera un sólo hijo, no ni mucho menos como el que al Rey Felipe II le dió la Providencia en la persona de su hijo el Príncipe D. Carlos, sino tan sólo un poco semejante á dicho Príncipe en cuanto á propensiones, hechos y deseos: dichos padres repetimos son los que más pronto que nadie, y á pesar de sus prevenciones y sus antipatías secretarias contra la personalidad de Felipe II han de ver enteramente cambiados todos sus juicios respecto del particular, una vez leídas estas líneas.

Nosotros les rogamos que las tengan por escritas con la más sana de las intenciones: pues no otras deben ser las de quienes, cómo á nosotros nos sucede en este instante, creemos firmemente y como si nuestros sentidos nos lo atestiguaran, que el mismo Dios presencia ahora, cómo en nuestro cerebro estánse produciendo

las ideas de las cuales son espresión estos renglones, y como sobre el papel los va dejando trazado nuestra pluma.

No han pensado así, cuando han escrito, ni desgraciadamente piensan de este modo al escribir actualmente respecto de Felipe II y de su hijo el Príncipe D. Carlos, los hombres dedicados á la denigración más rencorosa é inícuca del primero, de camino que al realzamiento, el encomio y la alabanza del segundo, con menosprecio de la verdad crítica é histórica.

En nombre de ésta, nosotros, nos conduciremos totalmente al contrario.

Para ello, empezaremos por consignar aquí las palabras que con relación al Príncipe don Carlos, siendo éste pequeñísimo de edad, dirige Pablo Tiépolo embajador en Madrid de la República de Venecia, al Senado de esta última, en 19 de Enero de 1563 "No sólo mordía, sino que se complacía en magullar el pecho de sus nodrizas. Entre ellas, á causa de estos tratamientos, tres estuvieron al borde de la muerte."

Ahora bien: ¿serían una ferocidad y salvajismo tales por parte del pequeño Príncipe, motivo de gustos y de placenteras expansiones para el alma de su padre, á la vista de sucesos tan bárbaros y horrendos consumados por aquél lobezno revestido con la forma humana? ¿Hay alguien que presuma de poder describir exactamente las tristezas y las preocupaciones que sin tregua ni descanso martirizarían el corazón y el alma de Felipe II al considerarse padre, como lo era en realidad de un monstruo semejante; aún cuando por lo corto de su edad no fuese ni ser pudiera responsable de sus actos una criatura tan pepueña?

Pero crece el Príncipe después; y cuando ya tiene doce años, otro embajador también de la República de Venecia, escribe á su Gobierno estas palabras. "El Príncipe tiene doce años, su cabeza es desproporcionada, sus cabellos, negros y su complexión débil. Su fisonomía anuncia un carácter cruel. Se cuenta de él que cuando caen en sus manos liebres ú otros animales cogidos en la caza, se complacé en verlos asar vivos. Se le regaló en cierta ocasión una tortuga notable por su tamaño. El animal mordió un día el dedo al Príncipe; y éste arrebatado de cólera, le arrancó la cabeza con los dientes. Parece ser extraordinariamente atrevido contra las mujeres. Cuando se encuentra sin dinero, da, sin conocimiento de la Princesa D.^a Juana su tía, sus cadenas, sus medallas y hasta sus vestidos. Es amigo del lujo y de la pompa: y todo en él indica que tendrá un orgullo sin igual. No puede sufrir el estar mucho tiempo con la cabeza descubierta, en presencia de su padre y de su abuelo. Tiene

„toda la soberbia que cabe en su edad, y es obstinado en sus opiniones „

La simple lectura de este pasaje debería ella por sí sola haber hecho á los detractores de Felipe II, además de cejar resueltamente en su tarea nefanda y vergonzosa, compadecer de la manera más profunda la inmensa desgracia de un padre tan desventurado, para comprender en toda su intensidad las preocupaciones y las penas en que su corazón estaría sumergido de continuo, sería preciso haber tenido un hijo tan voluntarioso, tan inhumano, tan cruel, tan dispador, tan iracundo, tan vano, tan soberbio y tan insoportable en todos conceptos y sentidos como el adolescente vástago real cuya moral figura, costumbres, inclinaciones y recreos dejamos bosquejados.

¡Cuántos de los hombres que sabiendo todas estas cosas y otras muchas más, justamente favorables para la de su hijo el Príncipe D. Carlos, las omiten por este sólo hecho, con la intención más parcial, más sectaria y más injusta!

Sólo intenciones como ésta, ó en su lugar la más completa de las ignorancias, son capaces de portes como estos también: porque la verdad no puede tener otros enemigos que el error ó la ignorancia señoreados del entendimiento, y la malevolencia deliberada de la voluntad, empleando para conseguir sus fines, ya la negación, ya la desfiguración, ya la disimulación hipócrita y artera, de aquella verdad misma.

No en otras condiciones intelectuales y morales, se han dedicado á la afanosísima tarea de presentar á Felipe II como el atormentador más implacable de su hijo el Príncipe don Carlos, los enemigos de nuestra Religión de la cual hubo de ser aquél monarca insigne, durante todo el curso de su vida el más decidido defensor y el más firme baluarte: siendo cosa absolutamente cierta que á haberse conducido Felipe II con nuestros antagonistas en materia religiosa, como se condujeron en otras naciones los reyes más crueles, tiranos y libertinos de su tiempo contra la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, para los detractores y calumniadores no hubiera existido nunca jamás sobre la tierra un modelo tan perfecto de padres amorosos hasta lo sumo del amor para su hijo el Príncipe D. Carlos como Felipe II: ni un monstruo de depravación ni un aborto salido del infierno mismo para ser un tormento constante del infortunado autor de sus días, como el antedicho Príncipe.

EDUARDO S. GARRIDO

(Se continuará.)



EL SEÑOR DON PANCRACIO R. - C. DE LA PIRIÑOLA

(Continuación.)

—Ha dicho—y terminó el cacique con una cabezada al público y otra al señor de la Piriñola, escupiendo al acabar una saliva pegajosa y negra efecto de su oratoria libérrima á todas luces.

Y como el auditorio no acostumbrado á semejantes trotes, permaneciese absorto con el retintín de aquella sirena baturresca, el pedáneo, instruido de antemano por el cacique, se arrancó literalmente de la piña ó del lio con cejil y con el bastón de mando muy visible, exclamó con toda su alma.

—¡Aplaudan ustés á la letura ú armo agora mesmo un laberiento!

Y saliendo los oyentes del marasmo, comenzaron una verdadera descarga de aplausos que resonaban con estruendo formidable.

—Agora dejin los aplausos, añadió el pedáneo, harto de sacudir las manos, y digan tóos: ¡Bien por el drisitante!

Y no habiendo pillado la palabra ni su significación, cada uno de los espectadores mirando á sus colaterales, la acomodó á lo que le había sonado, y terminando todos en *te* sin cuidarse de lo demás, vociferaron como energúmenos:

—¡Bien por el señor danzante! ¡Bien por el señor ambulante! ¡Bien por el señor risitante! ¡Bien por el señor enritante!....

—¡Basta ya!, gritó de nuevo el pedáneo, haciéndose oír á duras penas entre la multitud frenética.

Callóse ésta después de muchos rutes y dejos, y entonces el pedáneo alborozado de entusiasmo y deseando echar una cana al aire en la oportunidad de aquel silencio, exclamó:

—¡Agora premitaseme hablar á mí, puño!

—Y endispúes á mi presona, reconchones, saltó el juez en seguida, riéndose como un bolonio y con el bastón de borlas en las alturas.

—Y aluegó tóos á una tamién hamos de hablar un pocu, propuso un tío con carrascosa voz restregándose las manos de pura satisfacción.

—¡Aquí sólo habla quien yo diga y premita!, berró el cacique sin hallar modo de despegar fácilmente los labios de aquella pasta que se le había formado en la boca con la peroración pasada.

MANUEL DE M.^a SAINZ, Y ORTIZ

Continuárá.

SANTA TERESA DE JESÚS

Admiradores como lo somos de una Santa tan eximia, consideramos como un deber nuestro consagrar á su memoria en este día un lugar preferente en esta modestísima Revista.

Grandes dificultades nacidas de nuestra impotencia para el caso, pondrán á prueba nuestra voluntad; pero sin embargo nos esforzaremos por llegar á conseguir nuestro propósito.

Nació esta admirabilísima criatura en la ciudad de Avila á 12 de Mayo de 1523.

Aunque de linaje sumamente esclarecido, nunca jamás dejóse sojuzgar ni de pequeña ni luego mayor, por los estímulos de la vanidad y mucho menos por los de la soberbia tan fáciles en apoderarse de los espíritus cuya compleción moral nada tiene de esa robustez que suele darles una inteligencia sobre la cual la fe cristiana cuando esta es viva, ejerce su influencia saludable.

Nunca, ni el regalo, ni la molicie, ni las comodidades con las cuales su posición social inmensamente desahogada, la pudieran haber afeminado y debilitado el robusto temple de su corazón, nunca, repetimos, fueron bastantes para que tal cosa sucediera en nuestra biografiada venerable.

Menospreciando la regalada vida con que la brindaban tanto el cariño de sus padres como esa fortuna, con la cual anda siempre unida la riqueza, estuvo en un convento al cumplir sus diez y seis años de edad, el cual convento era de la Orden de las llamadas Monjas Agustinas.

Andando el tiempo, propúsose fundar una nueva Orden, llegando á hacerlo así con la denominación de Carmelitas descalzas.

De alma tan esforzada y grande como en el siglo XIII demostraron tenerla Santo Domingo de Guzmán y San Francisco de Asís, hizo tanto y tanto consiguó con su trabajo en la reforma de usos y costumbres, que de ello se admiraron hasta los más encarnizados y envidiosos rivales de aquella valentísima reformadora.

Las amenazas, las diatribas, las calumnias y las prevenciones de sus envidiosos rivales, estréllanse como las aguas de mar agitado y turbulento contra la roca que le hace resistencia, batiendo noche y día sin conseguir su objeto, la virtuosa constancia y el impávido saber de aquella ilustre monja.

Sus obras rebosan todas ellas en teológica sabiduría, en inspiración divina; así lo aseveran y siempre lo han aseverado los más insignes críticos y autores de Literatura, Teología y Mística ó Ascética. Entre sus obras, que fueron muchas, y de las cuales no pocas se han perdido,

debemos mencionar las siguientes: El Camino de Perfección, Los Conceptos de Amor de Dios, Las Moradas, Los Avisos de Santa Teresa y Modo de visitar los conventos.

Esbozada de una manera tan sucinta como esta la gloriosa figura de la Doctora ilustre en el campo de las Letras patrias ¿qué no pudiéramos decir con relación á las virtudes de todo género con que esmaltó, si así puede decirse, todo el camino de su vida, esta alma en cuya grandeza incomparable se abismó más de una vez como en un piélago de gloria y de amor digno de Él el mismo Dios en innumerables ocasiones, como la misma Santa las describe tantas y tantas veces en sus inmortales libros de la manera más ingénuo, más sencilla, más veraz, más inimitable y más sublime al mismo tiempo?

Subió al cielo esta alma predestinada para gozar de las venturas inefables, de las dichas imperecederas tan diferentes de las que son propias de este mundo, el día 4 de Octubre de 1582 y en la ciudad de Alba de Tormes, provincia de Salamanca; donde como nuestros lectura saben consérvase entero é incorrupto el corazón de esta nuestra Santa heroína.

F.

CRÓNICA

DE CÁCERES

El día 2 del mes presente celebróse con toda solemnidad la Fiesta y procesión de Nuestra Señora del Rosario.

DE ALCUÉSCAR

En el pueblo de Alcuéscar, y en el día 2 de los corrientes, tuvo lugar la fiesta de su Patrona la Santísima Virgen del Rosario.

Por la mañana, después de la procesión, se celebró Fiesta solemne, ocupando la Sagrada Cátedra el Párroco de aquella Iglesia.

Por la tarde hubo Mesa y al oscurecer, en el átrio de la Parroquia, el baile tradicional, en el que las parejas se forman con señoritas de la aristocracia y los mozos del pueblo.

La Mayordoma que cesa en el cargo, entregó la *daga* á la que en el mismo día tomó posesión de él; y la daga consiste en un tenedor que sostiene una manzana ó membrillo, llevando éstos en él clavadas cinco monedas, generalmente onzas.

Por la noche, según costumbre, se celebró aristocrático baile, en casa de la Mayordoma que era relevada en el cargo; había numerosa concurrencia.

Entre las jóvenes estaban la angelical Paquita R. Martínez, de Almendralejo, las distinguidas señoritas de Pavón, Cáceres, García y Aguilera, quienes lucían trajes y joyas de gran valor; con otras cuyos nombres sentimos no recordar.

Entre los forasteros recordamos al Dr. Acdo, de Cáceres, quien animó la fiesta, á la manera y con la cortesía exquisita con que siempre sabe hacerlo; al Dr. Pérez Córdoba; al discreto jurisperito Gómez García y á los jóvenes Martínez, Pavón, Bonilla, Bote, Cáceres y otros que no recordamos.

Tampoco faltó en aquel pintoresco pueblo, la *fiesta popular* de nuestra patria.

ADVERTENCIA

Hacemos presente á cuantos nos favorezcan enviándonos trabajos para publicarse en nuestro periódico, que, además de no devolverse los originales se publiquen ó no, en la primera de estas hipótesis han de someterse en absoluto á la facultad que tiene la Redacción, de suprimir, corregir ó adicionar cualquier trabajo, para que podamos tener la más grande garantía de que lo que en aquél se inserte responde á los fines de nuestra publicación.

LA REDACCIÓN

SECCIÓN DE CULTOS

Segunda quincena de Octubre.

Hasta el día 19 continúa en la parroquia de Santa María la novena del patrono de la diócesis, San Pedro Alcántara, con Misa cantada todas las mañanas á las diez y por las tardes á las seis y media el ejercicio con exposición del Santísimo y sermón, que predicarán distintos oradores. El día de la festividad celebrará de Pontifical el Excmo. Sr. Obispo de la diócesis, dando al final la bendición papal. Por la tarde á las cuatro la procesión, ocupando la Sagrada Cátedra el Muy ilustre Sr. Canónigo de la S. I. C. de Coria, D. Vicente Cosme Navarro. Hay concedidas 50 días de indulgencias por la asistencia á estos actos.

Día 16.—El Jubileo en San Mateo, costeado por doña María García Becerra Montenegro.

Día 23.—El Jubileo en San Juan, costeado por una devota del Santísimo Sacramento.

Día 30.—Costeado por D.^a Manuela Muñoz Chaves.

Primera quincena de Noviembre

Día 1.^o—Festividad de todos los Santos: el Jubileo en San Mateo, costeado por D.^a María del Amo.

Día 6.—Jubileo en San Mateo, costeado por doña Carlota Cedrún.

Día 13.—Jubileo en San Juan, costeado por doña Concepción Bonet de Lanzarote.

Cáceres.—Tip., Enc. y Lib. de Jiménez.

ANUNCIOS

LA Redacción del periódico AURORA DE LA JUVENTUD, pone á disposición de la Junta de la «Conferencia de San Vicente de Paul», treinta ejemplares de cada número del periódico, para que sean repartidos gratuitamente entre los pobres á quienes socorran, y veinte ejemplares á disposición del Capellán del Correccional de Cáceres, para que haga lo mismo entre los individuos de la población penal.

Pueden recogerse en la Dirección.

PAÑOS Y NOVEDADES

SASTRERÍA Y ROPAS HECHAS

DE

IGNACIO GIL HOYOS

Inmenso y variado surtido en toda clase de géneros, tanto del reino como extranjeros, pertenecientes al ramo de pañería.

Especialidad en merinos, capis, capotes, mantas finas de viaje y ordinarias para campo, panas inglesas y del país é infinidad de artículos similares imposible de enumerar.

Alfonso XIII, n.º 12, Cáceres.

Sociedad Artístico-Fotográfica

2 - PUERTA DE MÉRIDA - 2

Cáceres

José Bernal Távora

PINTOR Y DECORADOR

ofrece sus servicios en la localidad y fuera de ella.

Solana, 11, principal,

CÁCERES